

Carlos Almira Picazo

EUFEMIA

De haber sabido lo que me esperaba nunca me hubiera acostado con Eufemia, la mujer de mi jefe, Pompeyo Pardo. Por otra parte, yo no amaba a Eufemia ni odiaba, hasta el punto de desear ponerle los cuernos, a mi patrón. Con la primera mantenía una relación puramente carnal, que deseaba sería agradable y sobre todo pasajera. En mi egocéntrica ingenuidad, nunca pensé en las razones de Eufemia para hacerme su amante. No soy feo ni torpe, pero tampoco soy un adonis, ni poseo un talento especial, ni tengo fortuna. Sencillamente por vanidad me parecía, pienso ahora, natural que Eufemia me quisiera y que yo, en cambio, sólo deseara pasar una aventura agradable con ella. Pero todo esto ya no importa.

Aunque suene a justificación, era natural por otro lado que Eufemia me gustase y me atrajera desde el primer momento que la vi. ¿A quién no? Alta, tiesa, con una mata de pelo negro y abundante; el busto y las caderas torneados delicadamente; la mirada lánguida y maliciosa; y una voz musical que encandilaba. Además, con diez o doce años más que yo, con experiencias, lecturas, viajes y sobre todo ambiciones, de las que yo ni había oído hablar. Capaz de manejar a un hombre como a un muñeco, cuanto más a un muchacho pagado de sí mismo, que no piensa en las razones de los otros y de lo que le ocurre.

Por el contrario, su marido, Pompeyo, rebasaba ya la cincuentena: bebía y seguramente

la maltrataba; el vientre le temblaba a cada paso de sus piernas cortas, rematadas en unos zapatos amarillos y puntiagudos; los ojillos a la vez vivos y abotagados, te atravesaban con un destello helado, de maldad y desconfianza. ¿Qué hacía ella con un hombre así? Yo debía brillar a sus ojos como el sol en un charco. Sólo cabía una explicación: Pompeyo Pardo poseía un próspero matadero de vacas y toros de lidia, heredado de su padre. Muchas veces, después de hacer el amor hasta el amanecer, aprovechando que su marido salía a emborracharse todas las noches, nos burlábamos de él y yo, en calzoncillos o desnudo ante el espejo del armario de Eufemia, sudoroso, con el calor aún de las sábanas en el cuerpo, lo imitaba hasta hacerla llorar de risa. En realidad ahora pienso que en el fondo le tenía envidia: yo no había heredado nada y nunca tendría una mujer como aquella, aunque me acostara con ella, Eufemia era y sería siempre la mujer de Pompeyo, aunque no la mereciera más que yo.

La vida depende al fin y al cabo de la suerte con que nace uno. Me parecía injusto que él, sin ser mejor que yo, disfrutara de cosas que yo, por el simple hecho de carecer de ellas, creía merecer más que nadie. El hecho además de que él regentara un negocio de reses, me hacía gracia, me parecía una ironía del destino y un acto de justicia, como una broma de la vida: "Pompeyo Pardo, empresario en vacas y toros de lidia, cornudo".

No es extraño pues, que muchas veces aquellas pantomimas y bromas degeneraran en una burla despiadada y amarga contra mi jefe, pese a que yo no tenía nada contra él. ¿Qué me había hecho a mí? Siempre me había tratado correctamente, como a los demás empleados; no me explotaba ni me maltrataba; no me escatimaba los descansos ni las vacaciones; y para colmo, me pagaba lo justo. Yo en cambio me acostaba con su mujer todas las noches. Por más que trataba de justificarme ante mí mismo diciéndome que ella en realidad no lo quería, que el amor debe ser libre, que ella me había seducido, y que aquello pasaría sin mayores consecuencias, yo no podía ocultarme el hecho de que ella era su mujer y de que no actuábamos noblemente sino a escondidas, como ladrones; además, para colmo, nos ensañábamos y lo ridiculizábamos sin piedad, sin necesidad ni razón, en lugar de separarnos discretamente, incluso sintiéndonos un poco culpables no por el hecho de amarnos a nuestra manera, sino por engañarlo sin que él nos hubiera hecho ningún mal.

Esto, el no hallar ninguna razón para justificarnos, en vez de hacernos recapacitar nos endurecía aún más contra él, colocándonos en el papel de jueces implacables, como suele ocurrir con algunos criminales cuando al fin son llevados ante la Justicia. De verdugos pasábamos a ser las víctimas, y cargábamos hasta el delirio las tintas sobre los defectos de Pompeyo, a quien tildábamos ya de borracho, palurdo, insensible, violento, cruel, y no sé cuántas cosas más. No es pues, raro que semejante rabia enfermiza, sin cauce, acabara enredándonos hasta el extremo de que más de una vez, cuando Pompeyo regresaba antes o estábamos los tres juntos, estuviéramos a punto

de descubrirnos. Porque en el fondo nos sentíamos mezquinos y culpables.

Un día, aproximadamente un mes antes de la catástrofe, lo oímos llegar antes de su hora habitual. Rápidamente me vestí de cualquier manera, me deslicé al corredor y de allí, según teníamos convenido, fui directamente a la cámara frigorífica donde estaban las reses. La avaricia y la tacañería de Pompeyo le habían llevado a vivir en el piso alto de sus almacenes, donde otros hubiesen puesto una oficina o una tienda él había establecido su casa. Me introduce, pues, mal vestido, en calcetines, envuelto con una manta que teníamos preparada para estos casos, y con suficientes cigarrillos y güisqui como para esperar una hora, dos como mucho, sin congelarme. Al cabo, Eufemia me abrió y yo saltaría por una pequeña ventana a un patio que hacía las veces de trastero, y desaparecería en la oscuridad.

Precisamente cuando entraba en la cámara oí los pasos de Pompeyo y otro ruido que al principio me pareció como el tintineo de una campanilla. Los pasos de mi jefe, vacilantes y pesados como siempre, pasos de borracho, subieron las escaleras sin encender la luz, y se acercaban por el helado corredor. Y junto a ellos, aquel trote ligero, suavísimo, como pegado a él.

Sin pensármelo dos veces, me metí en el frigorífico y cerré la puerta. Una vez en la oscuridad, como lo conozco de haberlo cargado y descargado muchas veces, me fue fácil abrirme paso entre las reses heladas, colgadas de grandes ganchos del techo, sin tocarlas para que no resonaran en los rieles oxidados. Con todo, el olor y la oscuridad me aturdieron y estuve a punto de resbalar y caer sobre una vaca. E inmediatamente, a pesar de la gruesa manta de lana, empecé a temblar y a buscar la botella salvadora.

Los pasos y el extraño tintineo se habían detenido pero no junto a la puerta del dormitorio de Eufemia, sino ante el frigorífico, como si hubieran oído algo. Contuve la respiración y esperé. Aunque no podía verlos, miré instintivamente al techo del que colgaban algunos ganchos vacíos, dispuesto a defenderme con ellos hasta la muerte.

No fue necesario. Al cabo de un minuto, Pompeyo y su acompañante se alejaron de nuevo por el corredor hacia el dormitorio de Eufemia.

Al día siguiente se desveló el misterio. Al entrar para beber el café de Eufemia con los otros empleados como todas las mañanas, oí un gruñido siniestro, volví la cabeza y me topé con un perrazo de ojos amarillos, lanudo y fiero, amarrado a una gruesa cadena junto a la puerta. Al verme y advertir mi turbación, mi jefe sonrió:

—Éste es Napoleón, Mastodonte —dijo, dirigiéndose al perro y acariciándole entre las orejas horribles—. No es el ladrón que buscamos.

—¿Qué ladrón? —pregunté.

Entonces me explicó, pero sin darle mucha importancia, que llevaba varias noches oyendo ruidos raros allá arriba, en la cámara frigorífica, y también en el patio, y que había comprado a Mastodonte para que vigilara la casa. Pero, se apresuró a añadir, no había que preocuparse porque ya conocía los olores de todos los empleados y el de Eufemia. Era un perro extraordinariamente inteligente, agregó, pero compadecía al que cayera en sus fauces aunque fuera por error.

Acabé el primero mi café, que estaba hirviendo, y salí al patio helado. Mientras esperaba al primer camión frigorífico fumando un pitillo, se me ocurrió que tal vez sospechara algo: tal vez nos hubiera oído una de esas noches en que

últimamente llegaba antes. Lo más probable, sin embargo, era que en ese caso me hubiese confundido con un ladrón. No esperaba que un empleado suyo huyese del cuarto de su mujer, pero sí podían intentar robarle. De hecho no había instalado ningún sistema de alarma, por su proverbial cicatería. Con todo, aquella mañana mientras sorbía rápidamente mi café, Eufemia me dio sus acostumbradas pataditas traviesas por debajo de la mesa. No estaba, pues, preocupada en absoluto y yo tampoco debía preocuparme.

De todas formas, no me gustó el modo en que me habían mirado ni el perro ni mi jefe aquella mañana. Resolví ser más prudente en adelante.

Mastodonte seguía gruñendo y, cada vez que alguien abría la puerta de la cocina, aquel estertor siniestro, mezclado con el ruido de la cadena, se esparcía por el patio.

Ahora en lugar de un enemigo tenía dos.

El peligro redobló los ardores de Eufemia, que ahora me exigía que apurase hasta el último minuto con ella, no me dejaba dormir más de media hora seguida, y me metía bulla para que acabase cuanto antes mis acostumbradas pantomimas ante el espejo mientras me desnudaba, pantomimas en las que ahora incluía también a Mastodonte, que debía estar durmiendo allá afuera, en el frío de la noche, y me urgía a que me metiera en la cama.

Cuando al fin le confesaba mis aprensiones, mi propósito de ser más prudente y cauteloso, se reía en mi cara, o se ofendía y me echaba de la cama gritándome que podía irme cuando quisiera y no volver más si ese era mi deseo, puesto que era un cobarde, y tal vez, concluía casi llorando, todo fuera una excusa para dejarla. En tales casos, tenía que volver a ganármela

demostrándole que no sólo no tenía miedo sino que incluso despreciaba al perro y al dueño, quedándome con ella hasta el último minuto, hasta que la primera luz del amanecer despuntaba entre las cortinas de la ventana. No es de extrañar pues que, en aquel mes funesto, apurando tanto mi suerte, yo tuviese que encerrarme más de una vez en el dichoso frigorífico y volver a oír los pasos de borracho y el tintineo, que resultó ser el de los cascabeles del collar de Mastodonte.

Pasos y campanilleo se detenían siempre, invariablemente, ante la cámara frigorífica donde yo estaba. Durante un minuto aproximadamente parecían saborear el silencio y la calma de la noche, y mi intranquilidad. Después se alejaban sin prisa, de vuelta hacia el cuarto de Eufemia. Aquello me parecía natural. Al cabo, con cualquier pretexto, Eufemia se deslizaba al corredor, me liberaba, y yo, procurando abreviar sus besos, sus mordiscos, sus susurros delirantes, sus despedidas, saltaba por la ventana como un mono, al pequeño patio helado, y desaparecía en la oscuridad de la callecita.

Al día siguiente volvía a repetirse la misma escena o muy parecida: la cocina llena de humo; el perrazo y el dueño mirándome; Eufemia dándome pataditas por debajo de la mesa, con cara de circunstancias; las bromas y los chistes sobre el ladrón provocados por el propio Pompeyo; el gruñido y el cascabeleo de Mastodonte ¿por qué me mira sólo a mí? El café hirviendo y el patio helado, hasta la llegada de los camiones del matadero.

Mientras esperaba apurando el segundo, el tercer pitillo, solo en aquel patio, me dio por pensar que si Pompeyo nos descubría alguna vez no necesitaría al perro: nos degollaría con alguno de los grandes cuchillos del matadero, colindante

a la cámara frigorífica. Era un lugar apestoso y horrible. Cuando empecé a trabajar en la casa, lo hice allí, pero no servía para matarife. Continuamente me parecía ver gusanos y moscas, hasta darme nauseas: así que, como aún soy joven y fuerte, mi jefe me trasladó al frigorífico y a la carga y descarga de reses ya muertas. Con todo, podía oír los mugidos de los animales y el golpeteo de los cuchillos, e imaginarme cómo reculaban y luego se retorcían, antes de ser desollados y despiezados en la larga mesa mugrienta y helada. Tal vez porque lo llevaba metido en el cerebro.

Al fin llegaba el camión traqueteando por la callejuela mal empedrada, por donde yo había escapado la víspera. El trabajo era duro; el aire frío cortaba la cara; el helor de la cámara me recordaba a mi jefe y a Mastodonte apostados en la oscuridad del corredor, atentos al menor ruido y movimiento; y las vaharadas nauseabundas del matadero, empujadas por los ventiladores, invadían a intervalos el patio. Pero era mejor que estarse quieto, pensando cómo lo van a matar a uno.

No me mataron pero hubiera sido mil veces mejor la muerte. Aquella noche Eufemia estuvo especialmente ardorosa. Me retuvo hasta el amanecer y luego, cuando sintió el chirrido siniestro del portalón que comunica la calle con el patio, por donde siempre entraba su marido, me empujó sin contemplaciones, casi desnudo, arrojándome primero de las sábanas y luego de la habitación. Ya en el corredor me tiró la manta y los pantalones a la cara, riendo aún como una loca, pero olvidó devolverme los calcetines, y cerró la puerta de golpe armando un ruido infernal. Los pasos subían ya apresurados, decididos, en medio de aquel tintineo lúgubre, las escaleras. Al fin me acurruqué al fondo del frigorífico, al menos tenía cigarrillos y

güisqui, pero me prometí: se acabó, se acabó, tiritando de frío y de miedo.

El perfume barato de Eufemia me había impregnado la ropa, revuelta y arrugada. La manta áspera, rígida, me rasguñaba la piel, que tengo delicada. Ni siquiera el tabaco me parecía bueno, ni el güisqui. Sencillamente estaba harto.

Ya me imaginaba la puerta de la cámara entreabierta; el ventanuco por donde debería saltar de un momento a otro al patio, completamente a oscuras, entre los abrazos pegajosos de Eufemia, como quien se arroja a un pozo; la callejuela llena de charcos medio helados que yo me imaginaba, no sé por qué, atravesada por bandadas de ratas; la primera farola diminuta, temblorosa, de la plaza desierta donde desembocaba, que más que alumbrar parecía arremolinar la oscuridad a su alrededor; y allá, a lo lejos, la estación vacía con el bar cerrado y el banco duro, roto, y frío, donde debería esperar quizás otra media hora el primer cercanías, para volver a mi casa, vestirme, lavarme, adecentarme un poco, y de nuevo regresar allí sin dormir, con cara de perro, a cargar y descargar camiones. Para colmo los fósforos estaban húmedos, y Eufemia había acabado con la mitad del güisqui. La cámara helaba como nunca, llena de reses flotando como fantasmas. En una palabra, estaba harto, decidido a acabar.

Tales eran mis pensamientos, como remolinos, cuando de pronto me di cuenta de que había pasado ya más de media hora. Los pasos y el tintineo respectivos de Pompeyo y Mastodonte seguían clavados ante la puerta, cerrada a cal y canto, de la cámara frigorífica. En realidad habían hecho el camino al revés: esta vez se habían perdido primero hacía el otro extremo del corredor, recordaba perfectamente cómo los había oído



alejarse sin prestarles mayor atención, embebido como estaba en tales pensamientos; luego los había sentido demorarse, abrir la puerta del dormitorio de Eufemia; después otro silencio, el regreso hacia donde yo estaba irremediamente encerrado (¿por qué no había saltado directamente por la ventana?); por último se habían apostado como siempre, ante la puerta cerrada de la cámara, como fascinados. ¿Por qué no se iban? ¿Cuánto tiempo llevaban allí?

Entre tanto yo estaba quedándome helado. Renuncié a encender más cigarrillos, la mano temblorosa y amoratada, y arrojé los fósforos inútiles. Hacía rato que había apurado la botella dejándola rodar por el suelo metálico, resbaladizo y a la vez pegajoso. La manta se había impregnado de aquel frío como una mortaja.

Entonces se abrió la puerta.

Antes de que pudiera reaccionar, tenía a Mastodonte sobre mí, me había derribado, y despreciando la cara y el cuello que yo me cubría en vano, me destrozaba los pantalones y me arrancaba los genitales.

Desperté dos días después en el hospital.

Convertí a Napoleón en mi amante para recuperar el amor de mi marido. Se dirá que es una forma bien extraña de enamorar a alguien, ponerle los cuernos, pero era la única que se me ocurrió en mi desesperación. La desesperación produce a veces ideas bien extrañas.

Siempre he querido y querré a mi esposo Pompeyo: admiro su carácter, me gusta incluso su físico aunque lo reconozco, deteriorado por la bebida y la falta de ejercicio; me encandila cuando

me clava sus ojillos maliciosos y perversos; adoro su vientre blando, pero confortable; su paso corto, pero firme y resuelto; sus gestos imperiosos. Reconozco que viste fatal, ¿a quién se le ocurre?, con esos zapatos puntiagudos, amarillos, que sólo sirven para dar patadas a los perros y resbalar en los escalones; por no hablar de las manchas, los hilos sueltos de los codos, las arrugas. Pero incluso cuando me suelta un bufido, alcohólico, no puedo evitar sonrojarme ante su vozarrón juvenil, y me doy cuenta de que no puedo vivir sin él.

En suma, mi esposo tiene carácter, aunque sea mal carácter.

Napoleón a su lado es un chiquilicuatro. ¿De qué sirve la juventud cuando se tiene la boca torcida, los ojos acuosos y turbios de pez, la voz de pito, y los modales suaves, condescendientes, blandos y pegajosos de peluquerillo? Desde el primer roce casual bajo la mesa de la cocina, alrededor del café, supe que Marcelo Napoleón me repugnaba. Y aún así lo hice mi amante. Quizás para castigarme por engañar a Pompeyo, al hombre que amo, lo elegí precisamente a él y no a otro, precisamente por resultarme repulsivo. Pero por mucho que me hubiese agradado nunca hubiera sido bastante para mí. Repito, nunca he dejado de querer a mi esposo, y en este sentido, pienso que importante, nunca lo he engañado verdaderamente. Y, ahora que lo pienso, es curioso: en mi caso, el engañado ha sido el amante y no el marido, pues desde el principio Napoleón creyó que yo estaba loca por él y que detestaba a mi esposo, riéndome de sus gracias cuando lo ridiculizábamos juntos, con aquellas pantomimas grotescas; reteniéndolo conmigo a la fuerza hasta el último momento, hasta que empezaba a amanecer.

¡Pobre chico! ¡El nombre le queda tan grande como la ropa!

Aún me acuerdo cómo apareció por aquí, casi como un vagabundo, pidiendo trabajo, cualquier trabajo. Mi esposo es un señor y lo hizo pasar a su oficina. Luego, como si se tratara de un igual, con un tacto exquisito, echándole el brazo por el hombro y bromeando, lo sentó en la cocina frente a él cuando ya todos estaban descargando la carne, y él mismo le sirvió el café y un buen trozo de bizcocho y le aceptó uno de sus cigarrillos. Así es como un señor, un caballero, trata a un ganapán. Yo no podía apartar la vista de él, ni del otro, y lo adoré, y cuando dijo su nombre casi suelto la carcajada. Tuve que salir al patio en delantal y zapatillas, aunque estaba cayendo aguanieve y el suelo resbalaba como una pista de patinaje. Mi marido lo escuchó, serio, grave, y le estrechó la mano grandaza, firme y peluda por encima de la mesa humeante, sonriendo.

Un día noté que el chico me miraba. Al instante bajó los ojos. Me hizo gracia. Supongo que también me halagó, como mujer, y por eso él pensó que me gustaba. Pompeyo es tan noble que no se daba cuenta de nada, no puede pensar que nadie vaya a engañarle ni sea mezquino, no siéndolo él, y lo seguía tratando con la misma deferencia que el primer día. Yo, sencillamente, lo ignoré. Hasta que caí en la cuenta de que mi esposo pasaba cada vez más noches fuera, emborrachándose, y en suma, sentí pánico de ser abandonada, y decidí utilizar a aquel fantoche para recuperar, siquiera fuera por los celos, el interés marchito de Pompeyo.

La primera vez que le rocé el pie bajo la mesa fue casual. Pero las siguientes lo hicieron enrojecer como a una muchacha fea en un baile. Aún no entiendo cómo nadie se percató. Supongo que era tan insignificante para los demás como para mí.

Desde el primer día, me esforcé en que Pompeyo sospechara. Pero él parecía ajeno a todo, embebido en el alcohol, corroído por sus propios problemas. Cuanto más me comprometía menos se percataba él. Ya no me hablaba ni me acariciaba como antes. Otra mujer hubiera pensado que había perdido completamente el interés, incluso que había encontrado a otra, pero yo sabía que no, que no era posible, sencillamente bebía y tenía problemas. El matadero no da dinero, exige trabajar desde la madrugada a la tarde, y sufre el monopolio de los distribuidores que imponen sus precios o no compran y se van a la competencia. Supongo que Pompeyo se siente viejo y solo y frustrado en su vida, como suele pasarles a los hombres después de los cuarenta. Con todo, yo seguía engañándole delante de sus narices, y de paso disfrutaba del miedo cobarde de Napoleón. Tenía la esperanza de que si no él, al menos alguien se diera cuenta de lo que pasaba y le pusiera sobre la pista.

Un día le dije que había oído ruidos en la cámara frigorífica. Precisamente, acababa de encerrar en ella a mi amante. Pompeyo, borracho y helado aún por el aire de la calle, me sonrió. Imaginaciones, concluyó con su expresión bonachona. Pero como los días siguientes yo insistí, compró aquel perro, Mastodonte, aunque sólo por delicadeza y para que yo me sintiera más segura por las noches convencido de que eran imaginaciones mías, aunque ante los demás sostuviera que era para los ladrones. Luego se encariñó tanto con él que se volvieron inseparables y se lo llevaba en sus borracheras. De regreso, mientras yo lo reanimaba en la cama, Mastodonte se tumbaba al otro lado de la puerta, donde hacía resonar sus cascabeles dejando escapar un gruñido

que otro, después de haber recorrido con su amo el corredor hasta la puerta de la cámara, exhausto y aterido, nunca la traspasaba, para que yo me sintiera más tranquila.

El encerrar a Napoleón entre las reses heladas era tan absurdo como rocambolesco y divertido. Era sencillamente innecesario, pues la ventana por la que finalmente tenía que saltar al patio queda a medio camino de la cámara, en el mismo corredor. Imberbe y con pocas luces, a mi amante nunca se le ocurrió preguntarse por qué debía adentrarse en aquella nevera nauseabunda para luego volver y saltar desde el mismo ventanuco ante el que acababa de pasar dando traspies. Sencillamente le parecía natural y en consonancia con una aventura amorosa, digna de un folletín. Entretanto, mientras ayudaba a mi marido a desnudarse y a entrar en calor con friegas de alcohol de romero, y a meterse a trompicones entre las sábanas, debía aguantar la risa al imaginarme a aquel figurón medio desnudo, congelado, con su güisqui de garrafón y sus cigarrillos infumables entre aquellas vacas colgadas de sus ganchos del techo. Aunque Pompeyo se quedaba dormido al instante, y Mastodonte no era un problema, yo retardaba su liberación. Quieres aventura, pues toma aventura. Y al día siguiente le contaba que había visto a su jefe afilar un enorme cuchillo de matarife y guardarlo misteriosamente en un cajón con llave de su cómoda. “Pero yo te quiero”, añadía, conteniendo a duras penas la risa, “y estoy dispuesta a correr cualquier riesgo por ti, por nosotros”.

Nunca deseé lo que finalmente ha pasado. De haberlo sospechado siquiera, no me hubiera prestado a este juego. Mi objetivo no era causarle

ningún mal a Napoleoncito, sino sólo recuperar a mi marido. Es verdad que me burlaba de él simulando reírme de mi esposo, que incluso le escondía la ropa, los pantalones, la camisa, los calzoncillos, para que, en el último momento, con las prisas de la huida, tuviese que esperar medio desnudo en aquella nevera. Le vaciaba la botella de güisqui para que no pudiera calentarse; le mojaba los cigarrillos para hacerle más larga e insufrible la espera. Exageraba la fiereza de Mastodonte, algo que desgraciadamente ha resultado estar justificado; multiplicaba las pataditas bajo la mesa, los besos mal disimulados en todas partes: en la cocina, en el patio, entre los camiones, en los sitios y en las situaciones más inverosímiles, sólo por el placer de verlo palidecer, temblar, demudarse aterrorizado. ¡Y el pobre creía que todo eso era amor!

Nunca me hubiera prestado a este juego de sospechar el final.

Cuando aquella noche Pompeyo y Mastodonte, tras demorarse más que de costumbre en el corredor, en su inspección habitual, regresaron: el primero con aquella expresión extraña; el segundo, inusualmente tranquilo, contenido, no pude evitar sentir un escalofrío premonitorio. Luego cuando supe lo que había pasado, estuve a punto de desmayarme. Por un momento sospeché que ahora iban a matarme a mí. Finalmente, con voz entrecortada, áspera, triunfal, Pompeyo me propuso simular un accidente, como si no hubiera pasado nada, el perro lo había tomado por un ladrón. Todo mi cuerpo se aflojó a la vez, y caí en sus brazos como si se me hubiese roto un muelle, me escuché decir, “como tú quieras”, amando como nunca a aquel homicida frustrado, eso sí.

Que Eufemia me engañara con ése no cambiaba las cosas. O sí: me las facilitaba, pues hacía tiempo que había decidido dejarla, vender todo esto y largarme.

Sin embargo tras un primer momento de euforia, me sentí aún peor. Que te ponga los cuernos la mujer a la que amas debe ser terrible, que lo haga una a la que ya no quieres es aún peor: al dolor de la traición se une la humillación de habérselo adelantado también al final. Sentí que Eufemia me había robado el momento, la oportunidad de ser yo quien la abandonara, y que ahora ella podría reírse y consolarse y saborearlo con el otro.

Yo era un cornudo.

Pasé, pues, de la euforia a la rabia. Todo el rencor acumulado contra aquella mujer se centuplicó en un instante. Decidí matarlos, y fui a emborracharme esta vez de veras. Hace tiempo que para evitar dormir con Eufemia doy largos paseos todas las noches con el pretexto del alcohol. Así ella me deja en paz.

Mientras mascullaba mi plan, solo, el abrigo cerrado hasta el cuello, en el bar de la estación (el único que abre hasta la madrugada), se me acercó un perro. Entonces se me ocurrió algo mejor que el típico crimen por celos. Yo no estoy celoso porque no quiero a Eufemia. Mi odio es de otra índole, nace de otras fuentes. Razoné con rara lucidez. En primer lugar, yo ya había pensado dejarla. Tal vez ella lo había intuido y había querido adelantármelo, tal vez todo había sido una infortunada casualidad, en cualquier caso no importaba: ya no tenía remedio. En cambio mis razones para abandonarla no habían cambiado,

permanecían firmes, incólumes.

Mientras pensaba, acariciaba la cabeza del perro, escuálido y listo. Al principio me identifiqué con él, y lo aparté con instintiva repugnancia. Enseguida me di cuenta de que mi caso era distinto, absolutamente original. La rareza de mi caso me garantizaba casi la impunidad en la venganza.

Volví a atraer al chucho. Yo no dejaba a Eufemia por otra mujer, no la abandono por amor, sino porque ya no la soporto; y no por su carácter, su suficiencia, su simpleza, sus caprichos, sino por su olor, su cuerpo, sus gestos, sus movimientos, sus vestidos, su timbre de voz, su forma de mirarme, me resultan insufribles.

El perro se estremeció como si percibiese mis pensamientos. En vez de matarla, en vez de convertirla en víctima, la convertiría en mi cómplice. La haría creer en mis celos. Y la abandonaría. Necesitaba que viviera, los muertos no sufren. Brindé por los largos años de Eufemia. Que nunca sepa por qué la he dejado, que envejezca sin sospechar la verdad, sin comprender, ¡que viva! “¡Por Eufemia!”, brindé.

Al día siguiente aparecí con Mastodonte y la historia de los ladrones. Nadie dudó de aquella fábula. El ser humano posee una capacidad asombrosa para la credulidad. Yo necesitaba tiempo para adiestrar a Mastodonte. No me fue difícil hacerme con lo necesario, y empezamos esa misma noche. Y los resultados fueron casi inmediatos.

Eufemia y Napoleón disimulaban su amor con torpeza rayana en el descaro. Más de una vez, en la cocina, recibí la patadita cariñosa de mi mujer bajo la mesa, destinada a su amante. Se amaban ante mis propias narices, como si yo no existiera,

y esto me exasperaba aún más. Pero por otra parte, me consolaba: cuanto más lo quiera ella más sufrirá. El único problema era que al final Eufemia se negase a corroborar mi versión de que el perro lo había confundido con un ladrón: ¿lo querría hasta el punto de ir a la cárcel, sería tan estúpida como para suponer que yo no la implicaría ante la policía?

Cuando regresaba cada noche (tras beber en el último momento un vaso de anís, en la esquina de mi casa), sentía el alboroto precipitado de la separación de los amantes. Eufemia ocultaba precipitadamente las pruebas, alisaba las sábanas, asperjaba su cuarto. Aprovechaban hasta el último momento, casi hasta que yo abría la puerta del patio. Entonces podía oír sus pasos precipitados, sus voces nerviosas, allá arriba, en la helada oscuridad. Si hubiese querido los hubiese sorprendido in fraganti. Otro lo habría hecho. En cambio, yo acariciaba en el pescuezo a Mastodonte, para tranquilizarlo. Él también olía a su enemigo. El muñeco con el que lo adiestraba cada noche estaba impregnado con el olor de la ropa de mi empleado. No me había sido difícil conseguirla, ir reuniéndola noche tras noche. Una vez en mi cuarto, tras simular una ronda que yo sabía absurda, me tumbaba como borracho, me dejaba desnudar y envolver en las mantas, y me demoraba disfrutando con la impaciencia y la ansiedad de Eufemia, que miraba a la puerta, creyéndome borracho, esperando con angustia el momento de liberar a su Napoleón del frigorífico. Al cabo como yo no quería que muriera congelado, simulaba dormir, y ella, desconfiada aún, angustiada, esperaba unos minutos antes de precipitarse a la puerta, al corredor, para liberar a su amante.

Yo había adiestrado a Mastodonte para

que nunca atacara a mi mujer, salvo si ella me agredía, iy Eufemia lo acariciaba y le daba las mejores sobras para ganárselo, hasta tal extremo llegaban su vanidad, y su estupidez! Sea como fuere, un día descubrí algunas colillas en la cámara, entre las reses. Hasta tal punto lo quiere, pensé, que lo provee de cigarrillos y de alcohol para acortar y aliviar su espera. Entonces se me ocurrió que en vez de matarlo, lo mutilaría. Esa misma noche añadí al muñeco de paja con el que ejercitaba a Mastodonte una protuberancia entre las piernas, y le enseñé a ensañarse y a atacar sólo esa parte del cuerpo. Napoleón viviría... como un eunuco. Una vieja y un eunuco, pensé, eufórico.

Así transcurrió un mes.

El día señalado, bebí el doble de anís. El aire helado cortaba, y caía un aguanieve desagradable y pegajosa, que no llegaba a fundirse ni a cuajar. Hasta las sombras parecían montones de basura.

Fue aún más fácil de lo que pensaba. Cerré la puerta de la cámara hasta que Mastodonte acabó, apenas escuché el alarido de mi empleado volví a abrir. El dolor debió ser horrible. El perro se precipitó hacia las escaleras con aquel pingajo de carne. Corrí a advertir a Eufemia del accidente, y llamamos a la policía.

Mastodonte fue sacrificado. Mi mujer abandonó a su amante. Napoleón encontró trabajo como jardinero.

A veces, en las mañanas soleadas, lo veo en el parque García Lorca con su manguera y sus tijeras, y no puedo evitar mirarle la entrepierna.